

"Estimados amigos"

Estimados amigos:

Pese al poco contenido que la revista nos ofrece, sigue ilusionándome recibirla y así saber por ella lo que acontece en el pueblo: "Que han caído 50 litros,..... que ha helado,..... que..... y a veces, muy pocas veces, incluso que alguien ha nacido".

Por eso, porque me ilusiona y porque creo que merece la pena mantenerla viva, me atrevo a decir que casi todos los lectores de la revista tenemos algo que contar y que si lo intentamos sabremos exponerlo, aun cuando nuestro estilo no sea tan ameno y fluido como el utilizado por un anónimo Maranchonero cuando, ¡¡en 1930!!., escribió el artículo que fue publicado por La Migaña el verano del año 2003.

Así, como la vela que alumbrase la que arde, voy a predicar con el ejemplo e intentaré emularle y contar cosas que también son antiguas, pero menos.

A mediados del siglo pasado (¡qué cerca está y qué lejos suena!) las escuelas estaban al completo: las de arriba, en el Ayuntamiento, con los pequeños de 6 a 10 años y las de abajo, en la carretera, con los mayores. Entre los años 55 y 62, que son de los que yo tengo vivencias, Maranchón estaba lleno de gente y en aquel entonces era fácil encontrar niños alborotando por las calles y plazuelas de la Vega, de las "Seras", del Arrabal o incluso por las pocas calles que aún quedaban en pie en el "Castillo".

Supongo que durante las horas de escuela las calles estarían casi vacías y puede que sólo las

disputas por el agua de la Fuente Vieja, (disputas cuya frecuencia aumentaba a medida que disminuía su caudal) alterasen el silencio que presumo las envolvía. Luego, cuando en el reloj sonaba la una y el maestro nos daba la salida, las viejas escaleras de madera del Ayuntamiento sentían en sus peldaños la energía de un tropel de pies menudos que se atropellaban por alcanzar la calle antes que los que les precedían.

A veces, cuando Mariano "El Carmona" se situaba en el descansillo que daba acceso al salón de actos del Ayuntamiento y desde allí intentaba poner orden para que bajásemos las escaleras de forma civilizada, el guirigay estaba servido: la avanzadilla, que intentaba retroceder para evitar a Mariano, chocaba con los de atrás y el empuje de estos les obligaba a sortear como podían a Mariano. Al final Mariano daba dos voces, y algún pescozón a los menos escurridizos, y se retiraba. El tapón duraba poco y una vez libre el camino, salíamos como locos para enfilarse en la calle de los Toros, girar por la de la Iglesia y subir corriendo para cumplimentar el Sagrario.

Viendo el Maranchón actual, cuesta trabajo creer que había barrios y que los niños de cada uno de ellos tendían a reunirse entre sí. Los de la Vega deambulaban por la plaza del Ayuntamiento o del Mercado. Por la Plazuela o "del Charco" transitaban los del arrabal y por las "seras" (así llamábamos a la Alameda) andábamos los que vivíamos a uno u otro lado de la carretera.

Como la jornada docente no era ni larga, ni exigente, ni había que desplazarse, la mayoría disponíamos de mucho tiempo y energías para jugar. Y como, ni qué decir tiene, entonces no existían los ordenadores ni las videoconsolas ni los nintendo u otros aparatos electrónicos, de hecho, no existía ni siquiera la televisión, que si mal no recuerdo no llegó a Maranchón (al café y a casa del cura) hasta muy a finales de los años 50, nuestros juegos requerían necesariamente la participación de muchos niños. Y digo niños refiriéndome al género ya que las niñas (salvo los meses de Mayo) eran un mundo aparte del nuestro.

Esa necesidad de que los juegos fuesen colectivos y al aire libre, hacía posible que casi todos pudiésemos participar y que, salvo raros casos, nadie fuese rechazado. Lo más que podía ocurrir era que al "echar a pies" fueses elegido el último, si tus habilidades no destacaban en el juego para el que se estaba repartiendo a los presentes.

A medida que escribo me vienen a la memoria un gran número de recuerdos y vivencias que me traen nombres y caras, olores y sensaciones, oficios y calles que por sí solos merecerían que alguien, blanco sobre negro, los pusiese en papel.

A. Fraile

P.D.

Si alguien se anima a colaborar podríamos contar algunas historias que a los maduros nos haría añorar viejos tiempos.

"DÍA DE ATLETISMO"

